

Pasolini entre fronteras

Filippo La Porta y Antonio Giménez Merino

El reciente aniversario de Pasolini ha permitido revisar el controvertido pensamiento del escritor, polemista y cineasta italiano. Dos ensayistas de España e Italia, Antonio Giménez Merino –Una fuerza del pasado. El pensamiento social de Pasolini (Trotta) y Filippo La Porta –Pasolini. Un gnostico innamorato della realtà (Le lettere)–reconsideran, desde las fronteras de sus respectivos países, y desde las facetas políticas y artísticas, la figura trasgresora del autor de Escritos corsarios y Cartas luteranas y su actualidad en el siglo XXI.

ANTONIO GIMÉNEZ MERINO: Interpretar a Pasolini, un autor ferozmente independiente e inclasificable, es una operación siempre arriesgada. De tu lectura de su vida y de su obra, Filippo, me ha sorprendido tu capacidad para mostrarnos un pensamiento que, a pesar del tiempo transcurrido desde la muerte del poeta en 1975, aún puede ser descubierto por cada lector o espectador a partir de sus propias preocupaciones. Yo creo que debiéramos empezar por aquí, como modo de no traicionar el profundo sentido democrático de toda la producción pasoliniana.

FILIPPO LA PORTA: Pasolini está muy cercano a nosotros. Habla de nosotros, de nuestras preocupaciones, de nuestros dilemas morales y del final de nuestras utopías. E indirectamente nos ofrece un «método» intelectual: la transparencia emocional y existencial de toda su obra. Tomemos, a modo de ejemplo, los *Escritos corsarios*. De lo que él habla ya había tratado la escuela de Francfort, quizá con más rigor, pero lo que nos toca en Pasolini es lo tempestivo, es decir, él lo trata en el momento adecuado, y después, detrás de cada frase suya, detrás de cada concepto que formula, se llega a vislumbrar de manera transparente el estado de ánimo que lo ha producido. Hay un nexo muy fuerte entre la biografía y el pensamiento, entre lo vivido emotivamente y la reflexión, lo que, bajo mi punto de vista, es muy raro en la cultura

italiana y hace de él un gran comunicador, en tiempos en los que la comunicación todavía no era una disciplina universitaria. Creo que sobre todo los jóvenes son muy sensibles a esta transparencia del estilo. Yo mismo siempre tengo la impresión de que Pasolini me está hablando directamente, con su voz.

También está muy lejos de nosotros. Quisiera asimismo señalar, honestamente, lo distante que está Pasolini de nosotros, porque encarna un modelo trágico-heroico lejano a nuestras vidas. Pasolini sostenía que quería vivir cada instante en una tensión y en un riesgo totales. En esto me recuerda a otra gran figura de la cultura de comienzos del siglo XX italiano, el escritor pre-existencialista Carlo Michelstaedter, con su alternativa radical entre Persuasión y Retórica. Y lo digo pensando en los lectores españoles. En vuestra tradición cristiana hay un radicalismo moral (con sus dualismos dramáticos, el rechazo del compromiso, etc.) extraño a nuestra cultura. Bien, yo creo que la existencia está hecha más de *et-et* que de *aut-aut*, más de «formaciones de compromiso» (la familia, lo cotidiano, incluso el género de la novela). Pasolini, en cambio, tenía algo así como un rechazo del compromiso, no por nada le gustaba tanto el extremismo de los Evangelios, aquel Cristo –inocente, perseguido– que invita, a quien lo ama, a perderse, a renegar de sí mismo o que condena al árbol de higos porque no da frutos, si bien –lo recuerdo– no fuera verano. Aquel árbol no tenía que dar frutos, y, sin embargo, Jesús lo condenó de todas maneras, precisamente porque no había ido más allá de sí mismo. No, Pasolini no es un modelo, a pesar de que haya iluminado con una claridad ejemplar contradicciones y problemas que hoy todavía nos competen.

A. G. M.: Mi lectura de Pasolini, en esencia, difiere de la tuya. Hablas del fin de las utopías como algo incontrovertible y ya predicho por Pasolini. Yo creo que lo que éste anticipa realísticamente es el triunfo del modelo social excluyente de cualquier alteridad, que es la idea de un desarrollo industrial ilimitado. La sensibilidad de Pasolini le permitió advertir sobre el sesgo mortífero que iba adquiriendo este proceso en un momento (años 60 y 70) en el que era difícil poner en cuestión el crecimiento que había dotado a Italia de altos niveles de bienestar social y en el que, además, existía un fuerte dinamismo democrático. Dicha advertencia recorre las espléndidas intervenciones periodísticas recogidas en la obra que citas o en las *Cartas luteranas*, y está también presente en la alegoría del infierno consumista del filme

Salò. A estas alturas, nos es fácil criticar —por lo menos desde un punto de vista ecológico— la utopía de un mundo evolucionado en los términos de las viejas cosmovisiones ilustrada y comunista, pero en este presente a la deriva, tremendamente desigual y bárbaro, resulta peligroso desdeñar el enorme caudal de energías transformadoras que se han volcado —a un altísimo precio— y aún continúan volcándose en algo más que la mera reforma de lo existente. Este núcleo moral forma parte de la «utopía» comunista y es lo que permite entender que Pasolini se declarara como tal hasta su última intervención pública. Por eso, más que un modelo trágico-heroico, creo que lo que Pasolini encarna es una persona desesperada por la implacable desaparición de los campesinos, de los obreros, del antiguo lumpen romano, de todas aquellas personas anónimas que encarnaban a su vez una alteridad por el mero hecho de existir, con sus valores propios no modificados por la concepción moderna del tiempo. Personas «adorables» por ser inconscientes de tener derechos (en el sentido de permanecer ajenos a la idea de poder), o por luchar por ellos desde posiciones no individualistas. A pesar de su rechazo al presente y su iluminante retorno hacia el pasado preconsumista, Pasolini nunca dejó de mezclarse con la gente y sacar de ahí sus mejores intuiciones (como la metáfora del Palacio de sus *Cartas luteranas*, sinónimo de un poder que hoy llamaríamos «sistémico», intuición que surge en las playas plebeyas de Ostia, en medio de una marea de bañistas). A esa toma en consideración no meramente nominal de la voz de la calle se debe, justamente, la «transparencia emotiva y existencial» de Pasolini a la que aludes y su comprensión democrática de la relación entre autor y destinatario de la obra artística. Aspectos cuya ausencia sentimos hoy ferozmente.

F. L.: Por lo general, desconfío de las utopías políticas, casi siempre normativas, solapadamente autoritarias. Con tal de realizar la utopía —o bien la liberación de la injusticia, del mismo sufrimiento— uno echaría abajo cualquier obstáculo, ¡no tendría escrúpulos! Prefiero las utopías apolíticas y chapuceras, hedonísticas y carnavalescas, como la de Boccaccio o Rabelais. Otro asunto, en cambio, y en esto estaremos de acuerdo, es la capacidad de imaginar un modo de vivir y pensar diferentes del dominante. Además, querido Antonio, ¡quizá el «núcleo moral» de las energías transformadoras fuese custodiado por el comunismo! Es verdad, para millones de personas ha sido el nombre que se le da a los propios sueños de cambio, pero toda la historia del siglo XX

nos muestra cómo el comunismo en el poder ha legitimado regímenes horribles, genocidios, nuevas exclusiones y nuevas injusticias, una barbarie disfrazada de virtud. Cuando no ha llegado al poder, como en Italia, ha contribuido a reforzar la democracia, pero también ha alimentado ambigüedades y semilealtades dentro del sistema del que forma parte, sobreentendidos, mitologías, culto de la Historia y de la Fuerza.... Podríamos decir, de manera ideal: si los hechos demuestran la falsedad de la teoría, ¡tanto peor para los hechos! Pasolini está emparentado más bien con pensadores radicales, libertarios y no marxistas como Ivan Illich, Christopher Lasch, Colin Ward.

A. G. M.: Es importante aclarar este punto. Hay que explicar por qué en el año de su muerte (1975) un enemigo de cualquier ortodoxia como Pasolini se presentó como comunista en el Congreso del Partido Radical de Panella y estrenó una obra capital como *Salò*, bien conocida en España. En ella Pasolini reelabora, adaptándola a su crítica del consumismo, la clásica imagen de la reducción de los cuerpos de los trabajadores a mercancías del *Manifiesto comunista*, prolongando e innovando así el análisis de lo que Marx había llamado «fetichismo de la mercancía». El último filme de Pasolini no es sólo una representación de la escatología del progreso industrial (una metáfora del capitalismo consumista ambientada en una tiranía integral), sino también de la necesidad de mantener una contraposición práctica al poder contemporáneo (recordemos la escena del joven con el puño en alto frente a sus verdugos antes de ser fusilado por un amor fuera de la norma). La adhesión de Pasolini al comunismo (que no al estalinismo) no fue ideológica, como prueba su crítica a la doctrina omnicomprensiva de la realidad en que llegó a convertirse para muchos la obra de Marx [véanse los poemarios *Las cenizas de Gramsci* (1957) y *Poesías en forma de rosa* (1961-1964)]. Procedía, en cambio, de una identificación pasional con los marginados del campo y con el lumpen urbano que le distanciaba de la política cultural del PCI. Identificación vital que hizo del suyo «un marxismo abierto a todos los sincretismos posibles», al tiempo que le impulsó a resistir cuando se agotó el impulso que supuso la Resistencia para la izquierda y a adoptar, tras su contacto con la nueva izquierda norteamericana, un «neocompromiso» o «nueva resistencia». El autor de *Pajarracos y pajaritos* (1966) mantuvo hasta el fin la libertad de pensamiento necesaria para comprender la realidad, que en los años 60 empezaba a presentar un nuevo rostro. Nunca se adaptó

pragmáticamente a las nuevas reglas de la cultura mercantilizada —aunque se sirviera de ellas—. Jugó siempre con la dualidad pasado-presente (ahí están los cuerpos aún no deformados por el consumismo que lleva provocadoramente a sus películas) para acercarnos a la comprensión de un cambio cultural radical que ha tardado mucho en estar presente en las conciencias y cuyo combate requiere de instrumentos imaginativos. Por todo ello me parece importante resaltar la politicidad (no politicismo) de la entera obra de Pasolini, y, con él, seguir reivindicando El sueño de una cosa justamente en un tiempo en que se nos dice constantemente que no hay alternativas posibles a un modelo de desarrollo a todas luces insostenible. Illich, Lasch... son autores interesantes por su crítica culta de la infracultura consumista, pero a mi modo de ver pecan un poco de abstracción, encajando en los márgenes de lo tolerable por la maquinaria cultural actual.

F. L.: Cierto, no se puede negar que Pasolini se declarase hasta el último minuto «comunista», pero tengo la impresión que en la lectura, si bien interesante, de Giménez no se captura de lleno la radicalidad de su pensamiento, la ruptura escandalosa, incluso dramática, con algunas categorías «progresistas», e incluso diría justamente con una «disposición de ánimo» del marxismo. Y también por eso todos sus interlocutores de izquierda lo acusan de ser reaccionario, no lo comprenden, lo insultan. Marx, a pesar de todo, creía en la misión histórica de la burguesía, en su capacidad emancipadora, mientras Pasolini desconfía. En una ocasión, en Yemen, ¡incluso llega a expresar nostalgia de la monarquía medieval! Los marxistas italianos privilegian la frialdad cognoscitiva, el culto de la lógica, la «férrea» coherencia del análisis, etc. Todas las intervenciones de Pasolini se distinguen por ser participaciones emotivas, apasionamiento descontrolado, sentimentalidad al descubierto, contradicciones reivindicadas (son poesía en prosa). Tú dices: reducción del trabajador a mercadería. Pero Pasolini lamentaba la transformación de los cuerpos de los chicos (llenos de vida, de luz, de candor, de autonomía —¡bellos!) en cuerpos de pequeños burgueses (sin vida, sin energía, todos iguales —¡feos!). La raíz de su protesta es estético-vitalista antes que ético-política. A veces, querido Antonio, me parece que repites las objeciones del cuervo ideológico de *Pajarracos y pajaritos*. No, Pasolini dentro de la cultura de izquierda italiana ha sido un meteoro devastador, un bárbaro carente de cualesquiera obstáculos y prejuicios, y no un comensal educado: nos ha mostrado el marxismo mismo como una nueva y